

CUANDO EL SEÑOR ENTRA EN SU TEMPLO

Marcos 11:11 “Así Jesús llegó a Jerusalén y entró en el templo. Después de mirar todo detenidamente a su alrededor, salió porque ya era tarde. Después regresó a Betania con los doce discípulos”. (NTV)

Durante toda Su Vida, el Señor entró muchas veces al Templo de Jerusalén. Recordemos que Jesús fue un judío, y como tal, seguramente subía todos los años al Templo en Jerusalén. Pero en esta ocasión, el Señor llegó de manera distinta a Jerusalén; Él llegó como Rey, anunciando el Reino de los Cielos. Cuando el Señor iba entrando a Jerusalén, **“...muchos de la multitud tendían sus prendas sobre el camino delante de él y otros extendían ramas frondosas que habían cortado en los campos. Jesús estaba en el centro de la procesión, y la gente que lo rodeaba gritaba: «¡Alaben a Dios! ¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor! ¡Bendiciones al reino que viene, el reino de nuestro antepasado David! ¡Alaben a Dios en el cielo más alto!»** (Marcos 11:8–10). En esta ocasión no sólo entró Jesús El Salvador en Jerusalén, sino a los ojos de Dios estaba entró Jesús, el Rey de Reyes, y Su Reino.

Al igual que el Señor entró en el Templo de Jerusalén hace dos mil años, Él nos dejó plasmada esta historia para que nos demos cuenta que Él también nos visita. Muchas veces Él viene a nosotros como nuestro sanador, como nuestro consolador, como nuestro restaurador, como un amigo que nos auxilio; pero también hay ocasiones específicas en las que nos visita como Rey y como Su Reino. Este pasaje nos da una tremenda luz para que entendamos lo que sucede cuando el Señor nos visita como el Rey, y como el Reino. Algo que sucede inevitablemente cuando Él nos visita como Rey es que Él nos juzga. No todo el tiempo el Señor nos trata de igual manera, llega el tiempo que Él cambia, sobre todo cuando está a punto de cerrarnos un ciclo. La Biblia nos narra la historia de Sansón, un hombre con un llamamiento muy tremendo de parte de Dios, pero su corazón se desvió a causa de Dalila. Esta relación llevó a Sansón a jugar con fuego, y llegó el momento en que aquella situación se le salió de las manos, al punto que le reveló a Dalila el secreto de su fuerza con la cual derrotaba a sus enemigos, y esto le trajo un desenlace fatal. Sansón pensó que siempre iba a escapar de sus enemigos, pero llegó el día en el cual Dios cambió Su gobierno, Él se apartó de Sansón. No seamos ingenuos creyendo que Dios todo el tiempo nos tratará de igual manera; muchas veces Él nos trata con amplia misericordia, no nos toma en cuenta los pecados, vez tras vez nos limpia, viene a nuestra vida como la medicina misma, pero tiempo vendrá cuando Él vendrá como Rey, y como Rey vendrá a juzgarnos. Dice **Hebreos 10:29 “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? v:30 Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. v:31 ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”**.

El Señor nos juzgará a todos en aquel día final, pero en esta vida, de tiempo en tiempo, Él también nos ha de juzgar. En los diferentes ciclos que Dios establece para nosotros,

Él nos atrae, nos auxilia, y al final nos juzga. La benevolencia del Señor tiene sus límites, Él es amplio en perdonar, Él es misericordioso, y de hecho, Él nunca dejará de ser misericordioso, pero sí hay momentos en los que se abstiene de “hacer” misericordia. Es más que obvio que cuando el Señor entra en Su Templo, Él aprueba o reprueba. La pregunta es: ¿Cómo aprueba y a quienes reprueba?.

El pasaje de *Marcos 11:1-7* nos relata que el Señor Jesús mandó a Sus discípulos a traer un pollino que estaba atado; y que ellos hicieron tal como Él se los mandó. La Biblia no nos da muchos detalles sobre cómo aprobó el Señor a Sus discípulos, pero este pasaje nos dice algunos puntos claves para ser aprobados por el Señor. A través de la historia de este burrito podemos aprender cómo ser aprobados para Dios y Su Reino. Cuando el Señor envió a Sus discípulos a traer el burrito, les advirtió: **“si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? decid que el Señor lo necesita...”** (*Marcos 11:3*). ¡Qué elogio fueron esas palabras para aquel burrito, Dios estaba necesitándolo! Hermanos, Dios nos necesita para que le sirvamos. Cuando Saulo se convirtió al Evangelio, el Señor lo encegució, y luego envió a un discípulo llamado Ananías a orar por él para que recobrarla la vista, y Dios le dijo: **“Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”** (*Hechos 9:15*). Hagámonos la siguiente pregunta: ¿Se ve Dios necesitado de nosotros? La condición de la mayoría de los creyentes hoy en día es sentirse necesitados de que Dios los auxilie, pero ellos en lo que menos piensan es en las necesidades de Dios.

Dios necesita que nosotros le sirvamos, y si no lo hacemos nos convertimos en piedras de tropiezo. En una ocasión el Señor le dijo a Pedro: **“¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”** (*Mateo 16:23*). Pedro empezó a pensar como los hombres y por ello se convirtió en un satanás; lo mismo nos puede acontecer a nosotros, si pensamos a la manera del mundo nos convertiremos en satanás. Alguien que no tiene su vista puesta en las cosas del Señor no será aprobado, al contrario, será reprobado. El Señor Jesús dijo de aquel burrito: “digan que yo lo necesito”, en otras palabras, el Señor Jesús entró en Jerusalén en un burrito que estaba aprobado para servirle a Dios y a Su Reino.

Ahora bien, nosotros no somos ese burrito, pero podemos aprender mucho de él. Veamos qué cosas vio el Señor en aquel animalito para usarlo. Montar un burro no es algo placentero, al contrario es muy incómodo, sin embargo, el Señor quiso subir en ese animalito a Jerusalén.

EL SEÑOR APRUEBA A AQUELLOS POR LOS CUALES ÉL PUEDE TOMAR LA INICIATIVA.

En primer lugar el Señor Jesús quiso usar aquel burrito porque Él pudo tomar la iniciativa, es decir, el burro no habló, ni opinó, solamente se dispuso a la voluntad del Señor. Un problema que nosotros tenemos para ser aprobados por el Señor, es precisamente, que ejercemos nuestra voluntad; nosotros pensamos, deducimos,

sacamos conclusiones, juzgamos, exigimos, etc. y eso nos reprueba delante de Dios. El burro no habló, no pidió, no exigió, no tenía pretensiones, no tenía sueños, no tenía metas, solamente se dispuso a la voluntad del Señor. Si nosotros tuviéramos la actitud del burrito seríamos instrumentos útiles para Dios.

La religión evangélica nos enseñó a demandar, a pedir, a desear ser más que los demás, pero tal actitud nos vuelve inútiles para Dios. Pareciera que muchos creyentes se quedaron en una interminable infancia espiritual jugando al *“Matateroterolá... este oficio no me agrada... matateroterolá”*, con nada están conformes; reniegan si los ponen a barrer porque quisieran predicar, reniegan si les dicen que limpien las sillas porque quisieran cantar, en fin, con nada están contentos. El burro en cambio, no tenía planes, no tenía deseos, no tenía aspiraciones, sólo estaba dispuesto a hacer lo que el Señor le pidiera. El día que tengamos esta actitud, el Señor dirá de nosotros como dijo de Saulo: *“Instrumento escogido me eres”*.

El Señor sólo aprueba a aquellos que le permiten que Él tenga la iniciativa sobre sus vidas. Estamos tan lejos de esta actitud que ni siquiera podemos orar como debiéramos; estamos acostumbrados a orar con vanas repeticiones, exactamente como no le gusta al Señor. Nos gusta orar con todas nuestras necesidades, y deseos a flor de piel, y eso hastía el corazón del Señor. Cuán importante es acercarnos a Dios con una actitud contemplativa, en silencio, sin pedir, sin decir, sino más bien esperando que Él nos dicte el deseo de Su corazón. Hagamos nuestra voluntad a un lado, dejemos que Él tome la iniciativa por nosotros.

EL SEÑOR APRUEBA A AQUELLOS QUE SE DEJAN QUITAR LAS AMARRAS.

Dice Marcos 11:2 ***“... Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo”***.

Otro aspecto que contó para que este burrito fuera aprobado fue el hecho de dejarse quitar las amarras. La aplicación y la lección para nosotros es: ¿Ha podido el Señor quitarnos las amarras? ¿Somos libres en Él?, ¿Estamos libres de nuestras programaciones emocionales del alma?. Cuando la Biblia nos dice que desataron a este burro, no se refiere sólo al hecho de liberarlo de algún lazo que lo amarraba a algún poste, sino también lo desataron en el sentido de “separarlo” de su madre (*Mateo 21:2*). Este burrito nunca se había separado de su madre, y nunca había sido montado. Lo que nos enseña esto es que debemos ser liberados de las amarras que tenemos en nuestro viejo hombre, es decir, de las programaciones emocionales para la felicidad, de la vana manera de vivir heredada de nuestros padres.

Hay áreas afectadas en nuestra alma que no tenemos la disposición de que el Señor las toque. Hay cosas como nuestro carácter que no permitimos que nadie nos diga nada, al contrario, somos reactivos a cualquier comentario al respecto. Muchos dicen: “No me importa lo que diga la gente”, “yo soy así, no dependo del que dirán los demás”. En realidad somos esclavos del mal carácter, la pregunta es: ¿Le vamos a permitir al

Ser que nos libre de esa amarra de muerte? Para el Señor no fue un problema encontrar a aquel burrito con ataduras porque él permitió que lo desamarraran. En el plano espiritual, para Dios tampoco es un problema encontrarnos con amarras, lo que a Él le ofende es nuestra terquedad de no querer ser libres. Dios conoce nuestra condición, Él sabe que tenemos ataduras muy profundas en nuestros sentimientos, y en nuestra manera de pensar, pero con todo y eso nos quiere hacer libres. El punto no es cuántas ataduras tenemos, sino cuánto nos resistimos a ser liberados.

Anteriormente, cuando vivíamos envueltos en el ambiente pentecostal creíamos mucho en la imposición de manos para liberar a las personas. Es cierto que el Espíritu Santo puede liberar a alguien por medio de una unción, sin embargo, no todo el tiempo la liberación vendrá de esta manera. Por ejemplo, cuando alguien está amarrado al orgullo, tal liberación no vendrá necesariamente por una imposición de manos; la mayoría de veces lo que el Señor hace es propiciarnos circunstancias que traten el orgullo. De pronto aparecen hermanos bien “especiales” que ayudan a que nuestro orgullo sea quebrado. Muchas veces nos resistimos a ese proceso, no aceptamos el trato; pero si somos sencillos y nos humillamos delante de la mano de Dios, seguro vendrá liberación a nuestras vidas. Dios aprobará a aquellos que permiten ser liberados.

Todos estamos en un proceso constante de liberación. Dice *2 Corintios 3:18* **“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”**. Déjeme decirle que hay una cuota básica de liberación que nadie puede dejar de experimentar en su vida si quiere ser aprobado por Dios. Dios no nos pide ser libres de una sola vez, Él lo hace por etapas; hay ciertas ataduras que Dios al presente no las trata, las tratará después, pero las que está tratando hoy son las que nos aprueban o nos reprueban. Cada uno de nosotros sabemos qué cosas Dios quiere tratar al presente, eso nos lo dicta nuestro espíritu, por lo tanto, no las dejemos al descuido.

EL SEÑOR APRUEBA A AQUELLOS QUE PERMITEN SER GUIADOS POR ÉL.

Cuando Dios puede manejar y decidir por nuestras vidas recibimos su aprobación. El Señor aprobó al burrito y lo usó para anunciar Su Reino porque éste permitió ser dirigido. De manera normal los burros son tercos, de ahí que coloquialmente a las personas que no obedecen les dicen “burros”, sin embargo, éste burrito aceptó la guianza del Señor. Esto nos da una gran lección: El Señor sólo aprueba a los que puede manejar como Él quiere. ¿Somos capaces de responder plenamente al deseo del Señor, o tenemos límites hasta donde entregarnos a Dios?.

EL SEÑOR APRUEBA A AQUELLOS QUE PERMITEN QUE LOS HOMBRES LES PONGAN EL MANTO ENCIMA.

Dice *Marcos 11:7* **“Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él”**. Lo último que le faltaba al burrito para ser aprobado por el Señor

era dejar que los hombres le pusieran sus mantos encima. El manto en la Biblia está relacionado con la autoridad, por ejemplo, vemos el caso de Eliseo cuando se quedó con el manto de Elías, y a causa de ello recibió una doble porción del espíritu del profeta. De igual manera hay otros casos en la Biblia que nos muestran la relación que tiene el manto con la autoridad.

La lección que podemos aprender de estar bajo el manto de los hombres, es que nadie puede ser aprobado si no se somete a la autoridad que Dios ha delegado a través de los hombres. No podemos decir que estamos bajo la autoridad de Dios sin someternos a los hombres. Este principio es fundamental en la caminata cristiana. La Biblia narra la historia de David, un hombre al que Dios había llamado para ser Rey de Israel, pero antes de eso lo puso bajo sujeción del Rey Saúl. Como bien sabemos, durante muchos años el Rey Saúl deseó matar a David. *“En una ocasión le informaron a Saúl que David estaba en el desierto de En-gadi. Y tomando Saúl tres mil hombres escogidos de todo Israel, fue en busca de David y de sus hombres. Cuando llegó a un redil de ovejas en el camino, donde había una cueva, entró Saúl en ella para ir a hacer sus necesidades; y David y sus hombres estaban sentados en los rincones de la cueva. Entonces los hombres de David le dijeron: He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te pareciere. Y se levantó David, y calladamente cortó la orilla del manto de Saúl. Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl. Y dijo a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová. Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl”* (1 Samuel 24:1-7). A David se le turbó el corazón luego de haberle cortado la orilla del manto a Saúl, porque él sabía cuán importante era someterse a la autoridad delegada, y aunque el Rey Saúl (su autoridad) estaba endemoniado, David se sometía a él porque sabía que era el ungido de Jehová. El Rey Saúl fue la vara de medir de David durante muchos años, pero en todo ese tiempo David nunca levantó su mano contra Saúl, pues, sabía que Dios lo había puesto por Rey de Israel. Qué gran examen el que Dios le puso a David. Tal vez ninguno de nosotros tenga una autoridad delegada tan estorbada como Saúl, sin embargo, debemos aprender a someternos a las autoridades que Dios nos ha puesto.

¿QUIENES SON REPROBADOS POR EL SEÑOR?

La parte complementaria de lo que hemos estudiado hasta el momento es saber a quienes va a reprobar el Señor, pues, así como habrán aprobados, estarán también los reprobados.

SON REPROBADOS POR EL SEÑOR LOS QUE NO TIENEN FRUTO EN SU VIDA NATURAL.

En el mismo contexto, dice *Marcos 11:12* **“Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. v:13 Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas,**

pues no era tiempo de higos. v:14 Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos". En este pasaje ya no encontramos a un burrito que fue aprobado, sino a una higuera inútil, pero también de ella podemos aprender y tener cuidado para no terminar siendo reprobados. Otra vez les repito, llegará un día cuando el Señor nos ha de visitar, llegará el momento cuando Él nos cerrará un ciclo, pues, Él vendrá a nosotros como Rey y como Su Reino para juzgarnos. El Señor va a reprobarnos a aquellos que sean como la higuera, cristianos que tienen la apariencia de piedad pero sin fruto de la Vida divina en su vivir natural. No es casualidad que justo después de subir al Templo, aparezca el relato de esta higuera sin fruto. Seguramente estas cosas quedaron escritas como figuras de las cuales podemos aprender mucho. No tendría sentido que lo único que el Señor quería que viéramos es que Él es capaz de maldecir una planta, más bien, son experiencias que quedaron escritas a manera de parábolas para darnos un mensaje.

Hermanos, el Señor va a reprobarnos a aquellos que sean como esta higuera estéril, sin fruto. El Señor va a reprobarnos a aquellos que sólo sean apariencias, a cristianos que carezcan del fruto divino en su caminar diario. Recordemos que la higuera no estaba en el Templo, sino que estaba en el camino que el Señor transitó entre Betania y Jerusalén. Mientras el Señor se dirigía hacia el Templo tuvo hambre, y se encontró con esta higuera, y la halló sin frutos. Esto nos habla de lo que Dios espera de nuestra vida natural, nos habla de que Dios espera fruto de nosotros aún en lo que hacemos como seres humanos. Dios espera fruto de nosotros cuando somos hijos, cuando somos padres, o empleados, o esposos, etc. Él espera que no seamos sólo apariencia, sino que tengamos frutos para Él.

Muchas veces nos sorprendemos de hermanos que llevan una doble vida ante los ojos de Dios, pero vemos que tarde o temprano ellos abandonan la comunión con el Cuerpo de Cristo. Ahora bien, otros tal vez no son tan descarados en un mal vivir, pero se acostumbran a vivir con ciertas áreas afectadas, las cuales ya no quieren cambiar por nada del mundo. Por ejemplo, hay hermanos que nunca dejan de decir palabras "soeces", y tampoco quieren cambiar su manera de hablar; y así en otras áreas de sus vidas. El defecto de decir malas palabras no es lo que los va a reprobarnos delante de Dios, sino el hecho de nunca haber querido cambiar su mala manera de hablar. Dios reprobarnos a los cristianos que al cabo de diez (o menos, o más) años, Él los visite, y se de cuenta que no han podido mostrar frutos de la Vida divina ni siquiera en su círculo familiar. Para muchos es denigrante hablar del Señor aún entre sus familiares, porque nunca lo han podido honrar, ni dar evidencias del poder de Dios en su vivir natural.

Yo los exhorto en el Señor a que no seamos réprobos en la fe en cuanto a nuestra manera de vivir. Si alguien fue borracho antes de venir al Señor, no es normal que diez años después siga en sus mismas borracheras. Yo estoy consciente que es difícil dejar un vicio, no estoy juzgando a nadie, sólo les digo que no es congruente que conozcamos al Señor, y años después sigamos exactamente iguales. Si queremos ser útiles para Dios y Su Reino debemos dejar nuestra antigua manera de vivir, de lo contrario seremos reprobados.

Seremos juzgados en aquel día final, pero también en esta vida hay ciclos en los que Dios nos juzga, y nos aprueba, o nos reprueba. Si somos como la higuera estéril, sin frutos, seremos reprobados. Dios es paciente para juzgarnos, pero no confundamos su longanimidad con alcahuetería, tarde o temprano Él ha de juzgarnos, y ¡Ay! de nosotros si somos hallados sin fruto.

SON REPROBADOS POR EL SEÑOR LOS QUE SE VUELVEN MERCADERES DE LAS COSAS DE DIOS.

Tampoco es coincidencia que después del pasaje de la higuera estéril, aparezca el relato de cuando el Señor echó fuera a los que compraban y vendían en el Templo (*Marcos 11:15-19*). Esto nos habla de los creyentes que serán reprobados por no tener fruto en su relación con el Señor. Recordemos que la higuera estéril estaba fuera del templo, por lo que nos hablaba de los creyentes que no tienen un fruto de Dios en su vida natural; mientras que éstos mercaderes sí estaban en el Templo, por lo tanto, esto nos habla de algo concerniente a la comunión con Dios.

En Israel el Templo era sinónimo de tener comunión con Dios, servía para ofrecerle sacrificios, era el lugar al cual se llevaban ofrendas por el pecado, etc. Si nosotros no estamos teniendo comunión con el Señor, llegará el día en que seremos reprobados. Si nos levantamos día a día como las demás criaturas vivientes que no tienen espíritu, y no nos acercamos a Dios de manera constante, un día, cuando Dios nos cierre el ciclo presente, seremos reprobados. Los hijos de Dios no podemos prescindir de estar en comunión con nuestro Padre Celestial; yo no les estoy diciendo que debemos buscar a Dios a manera de ley, tal y como lo hacían los hijos de Israel, pero sí debemos hacerlo por el principio de la “necesidad”. El sacrificio continuo que ofrecían los hijos de Israel todos los días, en la mañana y en la tarde, es una figura que nos habla de la constante comunión que debemos tener con Dios. Ahora en el Nuevo Pacto no debemos tener el rito del continuo a la manera de la ley, pero sí es bueno prestarle atención a estas figuras para aprender la constancia que debemos tener para buscar al Señor. Los creyentes que no pueden tener un lavacro espiritual donde purificar sus pecados, los que no tienen una mesa espiritual para comer el pan de la palabra que sale de la boca de Dios, los que no tienen la luz del Espíritu para ser iluminados jamás los aprobará el Señor.

Hermanos, el Cristo que ha de juzgar a las Iglesias en este tiempo tiene ojos como llama de fuego, es decir, Él nos mira hasta lo más profundo del corazón; delante de Él nada queda oculto; ante Él no hay hojas de higuera que cubran nuestra desnudez, al contrario, cuando Él viene se quema la paja, el heno y la hojarasca. Ese Cristo también tiene pies semejante al bronce bruñido; en la Biblia el bronce nos habla del juicio de Dios. Este es el Cristo del Apocalipsis, éste es el Cristo que se manifiesta a las Iglesias. Por eso decíamos al principio: Cuando el Señor entra en Su Templo, Él aprueba a algunos y reprueba a otros. El Señor viene pronto para recompensar a cada uno conforme sea Su obra, esto tiene un cumplimiento en el día final, pero también para el presente, porque Él cierra ciclos a las Iglesias.